

BOLETÍN N° 12

Edición Especial

ÍNDICE

BOLETÍN N° 12.....	1
EDICIÓN ESPECIAL	1
ÍNDICE	1
INTRODUCCIÓN	2
REZAR POR FRANCIA?.....	2
JAMÁS.....	2
VISIONES SOBRE.....	4
ORACIONES POR FRANCIA.....	6
Y VIETNAM.....	6
ORACIONES POR.....	8
ORACIONES POR.....	9
VIDA DE.....	11
TESTIMONIO	12
Prólogo.....	12
MI HISTORIA	13
ACERCA DEL DIVORCIO	16
ADORACIÓN NOCTURNA.....	17

INTRODUCCIÓN

Referido a un tema abordado por Van... ¡Francia!

En este número especial del boletín quisiéramos presentar un informe preparado por el padre Boucher, padre espiritual de Van refiriéndose a Francia. El padre Olivier de Roulhac, monje benedictino de la abadía Saint-Wandrille y vice-postulador, que realiza con nosotros la publicación de este boletín desde el comienzo, ha tenido la bondad de presentar y disponer los artículos de este número especial, en el momento en que encuentra Francia algunas dificultades de orden político. Nos alegramos por su participación, que pone en relieve la universalidad del mensaje de Van.

Encontrarán nuestros amigos extranjeros no sólo razones para rezar por Francia, sino sobre todo el descubrimiento de que cada Iglesia es única ante los ojos de Dios, y por esto imprescindible a la Comunión de la Iglesia universal. Esperamos, pues que descubra cada uno a través de estos escritos su propia vocación para dar mejores gracias por la belleza de la Iglesia en su diversidad y complementariedad.

Anne de Blay, Presidenta

REZAR POR FRANCIA? JAMÁS...

Van no quería mucho a Francia ya que la consideraba como una potencia colonizadora. Había presenciado violencias cometidas por los soldados franceses contra los suyos, y por ello había concebido un odio violento contra este pueblo. Había chocado mucho a Van una película vista antaño, por los modales de los actores, que tenía por indecentes.

“A partir de aquél día consideré a los franceses como el primerísimo enemigo del pueblo: les odiaba y sólo deseaba destruir los cines... Después, durante la invasión japonesa, aprovechando la situación, se tiraron un sinnúmero de octavillas revolucionarias que volaban como paja. Además de aquellas octavillas, había también conferencias de unos diez minutos dadas por comisarios del partido revolucionario, mandadas por los campos para despertar el alma del pueblo... A decir verdad, en aquel tiempo no me gustaban nada y no quería oír sus conferencias. Sin embargo, sus palabras pasaron por mis oídos y fueron penetrando en mi mente... Mis compañeros me hostigaban para ir a escuchar aquellos discursos de diez minutos recitados como una lección en una bocacalle o un rincón del mercado, y a los que se invitaba como alumnos. Los oradores eran jóvenes de pelo revuelto, pero se expresaban con elocuencia. Para mí, aquellos discursos no tenían ningún valor en absoluto... Y la mayoría de los jóvenes oyentes pensaban como yo. Más tarde, después de pasear algunas veces por la provincia, me reproché el haber juzgado temerariamente a los revolucionarios. Vi con mis propios ojos la crueldad de los franceses hacia los vietnamitas. Y desde aquel momento, las conferencias oídas se fueron grabando profundamente en mi

mente. Pensaba que los oradores habían hablado conforme a la verdad. A aquella época también se remonta mi profundo resentimiento contra los franceses.

Pero tanto más odiaba a los franceses, tanto más simpatía tenía por los japoneses. Cuando iba a alguna parte, sólo me gustaba la compañía de los japoneses. Y siempre que me topaba con algún francés indeseable que quería oprimir a los vietnamitas, iba en el acto a pedir a un soldado japonés que interviniera. Entonces, frente al Señor Japonés, se parecía el francés al ratón frente al gato, y a pesar de toda su majestad, debía retirarse, pues de no ser así, el Señor Japonés habría sido capaz de abrirle el vientre. Y cuando jugábamos a la guerra, jamás aceptaba el papel de francés; siempre escogía el de japonés, para tener la oportunidad de vengarme de los franceses, por lo menos en mis juegos... Reconozco yo mismo que mis sentimientos de odio contra los franceses no procedían de una mala intención ni de malos tratos de los que hubiera sido víctima, ya que aún era pequeño. Les odiaba con sinceridad, como odio a cuanto es injusto. Dado que era un niño de corazón muy sensible, tenía una gran compasión por aquéllos que sufren; entonces, ¿cómo no habría tenido rencor contra quien abusaba de su fuerza para oprimir a alguien de mi raza? Uno de mis mayores dolores era mi impotencia para vengar a mis compatriotas, como en otros tiempos lo había hecho Moisés. En mis iras contra los franceses, pedía a Dios que mandara al Arcángel Miguel para expulsar del Vietnam a esta pandilla diabólica. Consideraba entonces la muerte como si no fuera nada, y si me hubiera sido dado morir derribando a los franceses, habría considerado esta muerte como una felicidad comparable con la del martirio”.

Aut. 621-625

Van es aún muy joven, y sólo ve un aspecto de Francia a través de algunos hombres que demasiado frecuentemente, como muchos colonizadores, sólo procuraban sacar provecho del país en el que estaban instalados. Afortunadamente, los misioneros mostraron a Van otro aspecto de Francia.

« En aquel momento, Dios me envió una santa para enseñarme a seguir el método revolucionario del Evangelio. Sin embargo, no sé porqué, cada vez que debo rezar por franceses, siento un malestar y sufro como si dejara un beso sobre una rama llena de espinas. [626] Hoy, la oración por Francia llegó a ser un punto de mi programa cotidiano. Este malestar persiste y por eso debo cada vez esforzarme para rezar. Sin embargo, mi corazón permanece sincero, Dios lo sabe. Pero ¿por qué mientras aborrecía a los franceses, quería a sus misioneros? De hecho, me di cuenta de que los misioneros, a pesar de pertenecer a una nación colonialista, no son colonialistas por nada. Son franceses, pero enteramente entregados a Vietnam, de tal manera que se los puede llamar los padres y maestros del pueblo vietnamita. Sus sacrificios son realmente grandes, y sólo la vida eterna, de un precio infinito, puede llevarlos a una digna recompensa ».

En las oraciones que dictan Jesús y Teresita a Van se da una gran importancia a las oraciones por los sacerdotes. Por su consagración, es el sacerdote real aunque misteriosamente otro Cristo. Entrañablemente unido con Cristo, es, de cierto modo, su esposa, como lo dice Jesús a Van. A través de los sacerdotes es como se derrama principalmente el amor de Dios por el mundo. Por eso hay que rezar por ellos. Pero primero escuchemos a Teresita enseñando a Van la mejor manera de combatir a sus enemigos.

« — Hermanito, se trata de la «táctica de la oración». En realidad, tampoco aprueba de los franceses en su comportamiento reprehensible para con el pueblo vietnamita. Se también que merecían la muerte por comportarse como enemigos del pueblo. ¿De qué serviría reunir un montón de cadáveres si la codicia, los placeres sensuales, y todas las demás formas de egoísmo permanecen en el corazón de los supervivientes? en consecuencia, a mi parecer la táctica de la oración [617]es el que puede matar el mayor número de franceses. Y para alcanzarlo basta con repetir a menudo una corta oración como esta: «oh Jesús, ahuyenta al hombre pecador del corazón de los franceses. Te lo suplico, ven en el auxilio de Vietnam, mi patria que doblega bajo el yugo de la dominación de estos hombres pecadores». Hermanito, entiende bien esto: una

vez que el hombre pecador haya sido expulsado del corazón de los franceses por la gracia divina, ya no estarán llenos de perfidias como ahora, sino que amarán al pueblo vietnamita como así mismos. Para conseguir esto, hermanito, hace falta mucha oración y sacrificio

Desde aquel día, cada vez que mi santa hermana me pedía rezar por los pecadores, me recordaba también los pecados del pueblo francés y me decía:

— Hermanito, ¡véngate de los franceses de acuerdo con el espíritu del divino Redentor; o sea deja de lado todo resentimiento y ofrécele tus oraciones delante del trono de Dios para obtenerles la gracia del perdón y de la santidad.

Una vez mi hermana me habló de la guerra a venir entre [618] franceses y vietnamitas. Luego, concluyó así:

— Ninguna fuerza conseguirá expulsar el colonialismo francés del suelo vietnamita, sino es la oración. Sí, la oración. Reza pues, querido hermanito, reza mucho por el pueblo francés. Más tarde, ya no será enemigo de Vietnam, tu patria. Gracias a la oración y a los sacrificios, llegaré a ser un amigo íntimo; aún más, considerará al Vietnam como su hermanito más querido. Pero antes de que se alcance este encuentro amistoso, el demonio suscitará numerosos obstáculos para sembrar la división entre ambos países. Sabe muy bien pues que cuando ambos sean unidos estrechamente, él mismo sufrirá pesadas pérdidas en su marcha hacia adelante... es necesario que un alma se ofrezca para servir de intermediario en este encuentro amistoso, o sea que se ofrezca a través del sacrificio y la oración para el impulso de las potencias infernales. »

VISIONES SOBRE FRANCIA

« Padre, permítame que le cuente, con mi hermana Teresa, lo que pasó anoche. Empezaba el Vía Crucis, cuando vi a Jesús sentado que miraba a Francia derramando muchas lágrimas. Pero esa visión no duró más que un instante.

A la hora de la meditación, vi de nuevo a Jesús sentado solito, que miraba a Francia llorando y decía con voz desconsolada: “¡Francia! ¡Francia!... ¿Por qué abandonarme?... No, no, ojalá nunca ocurriera esta desdicha”... Después, sin decir una palabra, permanecía allí mirando con lágrimas. Un ratito después, divisé a mi hermana Teresa quien me llevaba de la mano. Esa vez, se había puesto el manto, y yo era pequeñito como la vez anterior. La vi pues sonriendo, inclinándose hacia mí y diciéndome: Recemos juntos la consagración de Francia a Jesús. Después de rezarla un par de veces conmigo, reclinó la cabeza sobre el corazón de Jesús para llorar. En ese momento, Jesús ya no lloraba, pero sí estaba triste. Yo mismo ya tampoco lloraba: mantenía los ojos fijos en Jesús, quien, callado, me estaba mirando con mucha bondad y piedad. Entonces Teresa, llorando, dirigía a Jesús algunas palabras que yo iba repitiendo tras ella. Pero dado que hablaba en francés, no entendía ni pizca y se me ha olvidado todo. Se expresaba con voz temblorosa y muy nítida; y yo tenía una voz elevada y muy hermosa, como la de un niño. Actualmente me es imposible hablar así... Entonces, levantando de nuevo la cabeza, mi hermana Teresa recibió de Jesús un beso, y luego Él apretó su cabeza contra su corazón, como lo habría hecho a un nenito. Después, me dio Jesús también a mí un beso, pero yo era tan pequeño que Teresa tuvo que tomarme en brazos, e inclinarse Jesús para darme esa señal de ternura. Estaba en el apogeo del gozo...

Después me distraje, de modo que no sé lo que pasó entre Jesús y Teresa, mientras que mi espíritu estaba en baba... Al recogerme unos dos minutos después, levanté los ojos y ya no vi más que mi hermana Teresa que me llevaba de la mano. Jesús había desaparecido. En ese momento, me dio Teresa y me dijo, como antes, que rezara la consagración de Francia a Jesús. Después de rezarla algunas veces, mi hermana hizo un ademán invitándome a mirar al cielo. Al levantar los ojos, divisé a Jesús en una nube que lo ocultaba hasta el pecho, a María sosteniendo a Francia con ambas manos. Nos miraba sonriendo. Miró Jesús también a Francia, y luego, mirándonos a los dos, intentó sonreír de un modo que no me pareció muy alegre, pero sí lleno de piedad y bondad. Duró eso un instante, después me invito mi hermana Teresa a que rezara la invocación: “María, te rogamos que seas el sostén de Francia”. Después de esta oración, una nube vino a impedirme ver a Jesús y María. Ya sólo quedábamos mi hermana Teresa y yo, en presencia de un rostro que representaba a Francia. Mirábamos a Francia durante un ratito diciendo: “Jesús, consagramos Francia a tu amor”. Llegado el momento de rezar el salve sobrevino nuevamente una nube que nos hizo desaparecer a ambos, y entonces me dio Teresa tantos besos que no pude contarlos. Por fin, fue desapareciendo la nube para mostrar ya sólo la florcilla de Vietnam, con la mirada dirigida hacia Francia. Acabada la meditación, se acabó todo y ya no vi nada...

Se me había olvidado casi del todo esa visión; ha debido recordármelo todo hoy mi hermana Teresa »

Col 34, 18 de noviembre de 1941

Padre, la noche pasada dormí muy bien. No soñé como los días anteriores. Al levantarme, estaba muy despierto, sin sentir casi ninguna tristeza... Después de comulgar, subí a la tribuna del oratorio para ayudar en la misa. Terminadas las oraciones al pie del altar, vi otra vez a Jesús andando muy despacio, parándose a cada paso. Sus dos manos estaban cerradas una sobre otra, colgando adelante, y con expresión pensativa miraba a Francia. Como seguía andando así, despacio, parándose a veces agobiado por la tristeza sin querer dar un paso más, oí, procedente de Francia, un canto magnífico del que sólo entendí estas palabras: “Van, ven... Jesús, ven aquí, pronto, pronto, Jesús”. Puede que escriba mal estas palabras, pero las oí muy bien.

Al oír estas voces melodiosas, con el rostro alegre se acercó más Jesús, andando más a prisa. Esa visión duró unos diez minutos, y luego oí a mi hermana Teresa hablándome. Empezó dándome un beso, luego me exhortó a sufrir con alegría, y por fin me dictó la oración siguiente, que desea sea rezada por los sacerdotes franceses y las Carmelitas, durante este tiempo del Adviento hasta Navidad.

“Jesús, te rogamos no tardar, acude pronto a acoger a tus esposas; apresúrate a venir para dar una ancha sonrisa al país al cual envuelves en tu amor”.

Me pidió mi hermana Teresa que rezara yo también esta oración en francés. Expresó también el deseo de que usted lo dispusiera todo sin demora para hacerla rezar por las personas susodichas. Pidió además que se rezara esta oración después de la comunión de la mañana y en cada comunión espiritual... Mi hermana me dio luego un beso, y desapareció todo. En la actualidad, me siento un poco alegre, y me queda sólo un poco de asco.

2 de diciembre de 1945
(Primer domingo de Adviento)
Col 41 – 42

ORACIONES POR FRANCIA
Y VIETNAM

Marcelo: Jesús bien amado mío, te amo mucho. Me pides que rece por Francia. Jesús, si lo consiente mi Director, todos los días después de comulgar tu cuerpo y tu sangre, después de cada comunión espiritual y cada oración, diré esta plegaria:

« Jesús, rey de amor, dignate unir sólidamente Francia y Vietnam por el vínculo de una caridad eterna. Amor de Jesús, haz venir tu reino a Francia y al humilde país de Vietnam.»

Jesús: Hijo mío, por los desastres hechos al reino de mi amor en Francia es por lo que sufres ahora. Apostolito mío, te doy un beso... Se acabó la hora, hijo mío.

11 de Noviembre de 1945
Col 24

Jesús: Hijo mío... Para realizar la unión entre Vietnam y Francia se precisará mucha oración. Cuanto más oración haya, tanto más estrechamente unidos estarán ambos países en mi amor... Hijo mío, tienes que rezar mucho.

Hijo mío, sólo quiero una cosa; es que Francia derrame y proteja mi amor en este país de Vietnam. No pido a Francia que gobierne exteriormente como en otros tiempos. Todo lo que le pido es proteger mi amor... Hijo mío, ¿has comprendido de quién quiero hablar? Déjame que te lo explique, ¿sí? Mi propósito es hablar de los sacerdotes franceses que tendrán que sacrificarse mucho en esta tierra de Vietnam para consolidar mi amor. Hijo mío, reza para que los sacerdotes franceses tengan el valor de sacrificarse por mi amor en tu tierra. Da a conocer a todos los sacerdotes franceses de qué modo te conduce Teresita, para que usen ellos mismos ese método para llevar al Vietnam a mi amor.

14 de Noviembre de 1945
Col 26

Jesús niño, haz que Francia actúe con el Vietnam con un espíritu de fraternidad, como tú mismo, con tu amor, te dignas actuar con Francia.

Madre, te rogamos por la sabiduría del divino amor, impulsa a Francia y Vietnam a que concluyan juntos una paz verdadera, una paz de caridad.

Mayo de 1946

Madre, hoy no tengo nada en absoluto que decirte. ¡Ah! Hacen hoy los Viêtminh una gran manifestación. Desde esta mañana, oigo de continuo balazos, y por las calles se oyen exclamaciones de este tipo: estamos decididos a luchar... Viva esto... Viva aquello... y también otras muchas cosas, Madre. Quiero yo también imitarlos y decir interiormente al Niño Jesús:

“Niño Jesús, contando con la fuerza de la oración, estoy decidido yo también a hacer del Vietnam, mi patria, una tierra que te pertenezca a ti, Rey de Amor”.

2 de Septiembre de 1946
Col 228

Jesús, da a entender a todos los franceses y a todos los vietnamitas que no deben formar más que un único corazón, para que ambos países puedan gozar juntos una paz verdadera, basada en tu amor.

27 de Noviembre de 1946
Col 243

Marcelo: ¡Mi Jesús barbudo!² Acaba de darme mi hermana Teresita la Horacio que debo decir durante este mes para Vietnam y para Francia:

“Jesús, haz que Vietnam y Francia gocen juntos la paz bajo el yugo suave de tu amor.

María, ojalá lleven juntos nuestros dos países este yugo hasta la eternidad. Amén. Ojalá así sea. Dígnate recordarlo”.

11 de enero de 1947
Col 224

El otro día, me dijo mi hermana Teresita que pensara un poco para ver si tenía algo que decir al niño Jesús para el mes venidero, y no he encontrado nada. Sólo recordé a mi hermana Teresita que rezara por el Vietnam; me contestó que ella también rezaba con este fin, pero que esperaba hasta hoy para darme esta oración. Me la dio poco después de la comunión, hablándome con delicadeza, sin añadir nada a la oración:

“Jesús, haz que Vietnam y Francia sean impulsados uno para otro por una mutua confianza, en el Amor de Jesús.

María, haz que los sacerdotes de Vietnam y Francia vivan estrechamente unidos para que comprenda Vietnam claramente la verdad”.

Thai-ha-Ap, el 29 de septiembre de 1946
Al padre Antonio Boucher, C. Ss. R.

Padre, acaba mi hermana Teresita de darme la oración (para el mes de noviembre). Me ha dicho: “Hermanito, pide esto:

Jesús, concede a los sacerdotes franceses y vietnamitas que actúen de tal modo que quede satisfecho el Santo Padre con Vietnam, mi patria”.

23 de octubre de 1946
Col 241

² Así es como llamaba Van al Padre Boucher

ORACIONES POR
FRANCIA

Jesús: Nenito de mi amor, oye, voy a dictarte una oración, y esta oración quiero que los franceses la digan:

“Señor Jesús, ten compasión de Francia, dignate abrazarla con tu amor y enseñarle toda su ternura. Haz que, llena de amor por ti, contribuya a hacerte amar por todas las naciones de la tierra. Amor de Jesús, nos comprometemos aquí a permanecer fieles para siempre jamás y obrar con un corazón ardiente para difundir tu reino por todo el universo. Amén”.

Hijo mío, dile a los franceses que esta oración es la que quiero oír de su propia boca.

14 de Noviembre de 1945
Col 26

“Jesús, consagramos Francia a tu amor.

María, te rogamos seas el sostén de Francia”.

Reza también esta oración en francés, quiero que la recen también las Carmelitas.

25 de Noviembre de 1945
Col 40

Jesús: Marcelo, ¿quieres hablarme, quieres llamarme en francés? Déjame que te enseñe una oración muy fácil que tu hermana Teresita me suele repetir a lo largo de todo el día. Escribe:

“Niño Jesús, ven conmigo...

Niño Jesús, ven con Francia...

Niño Jesús, ven con los sacerdotes de Francia”³

¿Comprendes esto, Marcelo? Te lo explico, ¿sí? (Repite entonces Jesús en vietnamita las palabras que había primero en francés). Rezarás estas invocaciones con tu hermana Teresita. Ella ya las suele rezar. Y yo, al oír esta llamada me apresuraré en acudir a ti sin demora, seguro de encontrarme al mismo tiempo con tu hermana Teresita.

29 de noviembre de 1945
Col 53

“Jesús, que tu amor venga a ser el apoyo que sostiene a Francia. Con este amor sólo queremos ayudarnos”.

“Madre nuestra, María, verdadera Madre de Francia, dignate consolidarla, asegurándole una paz verdadera. Ahora, Madre, guarda en ella el orden social, proporciónale una paz verdadera y haz que viva para siempre jamás en el amor de Jesús, tu Hijo”.

Fines de enero de 1946

³ En francés en el texto original

“Jesús, sírvete aceptar la confianza de Francia, y hacer que esta confianza se base ante todo en ti mismo”.

“Madre, enseña a Francia a vivir según la sabiduría del Amor de Jesús”.

Teresita, 27 de mayo de 1946
Col 209

“Jesús, haz que Francia, sometida del todo a la autoridad de la Iglesia, obedezca siempre al Santo Padre”.

“María, enseña a Francia a sacrificarse al Amor de Jesús, a sacrificarse en la verdad”.

Teresita, 27 de Junio de 1946
Col 210

“Madre, enseña a Francia la humildad”

Teresita, 28 de julio de 1946
Col 213

“Bien amado Jesús, concede a Francia que sólo ame la verdad”.

Abril de 1946

**ORACIONES POR
LOS SACERDOTES**

Jesús: Durante todo este día, Fiesta de Cristo Rey, repetirás esta oración:

“Jesús, Rey de Amor, haz que el reino de tu amor se arraigue profundamente en el corazón de tus sacerdotes”.

28 de Octubre de 1945
Col 8

Hijo doloroso de mi amor, ojalá los días de dolor pasen muy pronto para ti. Hijo mío, acepta el dolor para darme gusto, ¿quieres? De tus dolores depende el éxito de mi obra; sí, tus dolores son para mí un arma defensiva. Hijo mío, no te preocupes si, durante estos tiempos de prueba, no sabes con qué términos hablarme. Oye, voy a dictarte una oración que guardarás para leer, cuando no sepas qué decirme. Dirás:

“Jesús, único bien amado mío, como te lo prometí, te ofrezco mi corazón, mis suspiros y todo mi ser. Dispón de todo como lo quieras, para que tu obra se cumpla perfectamente. Amor mío, ¿deseas aún más? Puesto que te lo he dado ya todo, sólo me queda el poco de amor que me das para consolarme, sólo me quedan los cariñosos besos y las tiernas caricias que me concedes sobradamente por tu amor hacia mí. Si es necesario,

Jesús, tómallo todo para hacer lo que quieras. O si te faltara un alma más para completar el número que deseas, aún me queda la vida; déjame que te la sacrifique también para complacerte. Jesús, el único deseo mío, de mí, tu amiguito, es agradarte. Jesús, amor mío, deseo que venga pronto el reino de tu amor al corazón de los sacerdotes, para que las almas tengan una parte de la felicidad de la paz que perdurará. Actúa pronto, Jesús, para que podamos manifestarnos de nuevo nuestro amor, como en otros tiempos”.

5 de Noviembre de 1945
Col 15

“Jesús, sírvete envolver con tu amor al país que amas”.

“María, te rogamos, echa sobre los sacerdotes de Francia tu mirada compasiva”.

Teresita, 25 de Noviembre de 1945
Col 40

“Jesús, te rogamos, reina en el corazón de los sacerdotes de Francia; que se entreguen enteros a tu amor. Da a los sacerdotes del país al que tanto amas, un celo ardiente por la propagación del reino de tu amor por todo el mundo”.

“María, protege a aquéllos de quienes eres la Madre, los sacerdotes de Francia. Ayúdales a vencer todos los obstáculos que les haga falta dominar para difundir por el mundo el reino del amor de Jesús”.

Esta oración podrás rezarla en cualquier momento, pero siempre en francés. Que la recen también contigo las Carmelitas y los sacerdotes.

Hermanito, Jesús ama mucho a Francia y no duda en participarte este amor. Sí, es necesario que lo sepas, ama Jesús tanto a Francia que siente la necesidad de manifestarlo al alma de un extranjero como tú. Comprenderás así qué grado alcanza este amor... Te doy un beso, hermanito, se acabó la hora. ¡Oh! Querido hermanito, te doy un beso, te doy un beso.

Teresita, 26 de Noviembre de 1945
Col 48

“Jesús, concede a los sacerdotes de Francia que estén siempre dispuestos a defender valientemente la verdad en su país”.

Teresita, 28 de julio de 1946
Col 213

Jesús, da a los sacerdotes de Francia la generosidad en todas las obras en las que tengan que sacrificarse por el bien de las almas.

Teresita, 24 de agosto de 1946
Col 220

« Querido padre,

Ha vivido Vietnam, mi querida tierra, los horrores de una guerra que se va prolongando desde hace más de dos años, y cuyo fin no deja prever nada. En la actualidad, la mayor parte de mis compatriotas no se fía de

los franceses; por otra parte, odian a los viêtminh, de modo que buscan con ansia a alguien que les sirva de apoyo, lo que impulsó a varios de ellos a buscar a Dios.

En los pueblos cercanos a nuestro monasterio, bastantes personas pidieron seguir la religión católica. Por eso, todos los sábados por la noche la gente se reúne en el solar del monasterio para estudiar la religión y asistir a misa los domingos. Entre ellos hay mujeres, niños, ancianos y jóvenes; parecen todos estar muy alegres. Habrán encontrado ya su apoyo en Dios, a quien buscan con toda el alma.

Siempre que les observo, pienso en usted, pienso en Francia y en los apóstoles de Francia, suplicando a Dios con todas mis fuerzas que mande para las misas numerosos segadores espirituales. Si me vuelvo sólo hacia Francia, es porque sé que Francia ha dado ya a Vietnam numerosos apóstoles que se han sacrificado con mucho celo por las almas... En cuanto a mí, considero la oración por Francia como mi deber particular.

No puedo olvidarme de Francia por muchas razones, que me traen a la memoria su recuerdo, y sobre todo el recuerdo de los sacerdotes de Francia.

Thai-há-Ap, el 19 de enero
de 1949

Al padre Drayer Dufer, o. p.
en Langson »

VIDA DE
MARCELO VAN

Joaquín Nguyen Tan Van nació el 15 de marzo de 1928 en Ngam Giao, cerca de Hanoi, en Vietnam. Desde pequeño se manifiesta muy atraído por Dios; como a todos los niños, les gusta jugar, y muchas veces no tiene el sentido de la puntualidad. Sin embargo, está siempre a tiempo para ir a la Iglesia o para la oración. Era, según decía su madre extrañándose de aquello, porque había pedido a su ángel custodio que le avisara para que dejase de jugar a tiempo. A los seis años tiene la gran satisfacción de comulgar por primera vez; al ver su fervor, el párroco incluso le permitirá comulgar varias veces a la semana.

A los ocho años, acepta quedarse en la casa rectoral de Huu Bang con el fin de ser formado para el sacerdocio. Allí descubre toda la debilidad de los hombres. Sin desanimarse, guarda intacto su ideal de seguir a Dios sirviendo humildemente a los mayores y recordándoles con humorismo y de manera muy acertada sus deberes. Entre las dificultades, vejaciones y envidias de las que es objeto, se confía sin cesar a la Santísima Virgen, a quien reza toda la jornada, honrándole con la oración del rosario. Su gran confianza en María le permite atravesar esos años difíciles de búsqueda de Dios con una gran pureza de cuerpo y alma. Dos veces huye de la casa rectoral donde tan poco se ama a Dios. Tendrá la vida de un niño vagabundo, de un marginado mendigando en el tren por comida; recogido por una vendedora de niños, se fugará antes de ser vendido como un perrito.

En la nochebuena de 1940, comprende Van que su misión consiste en convertir el dolor en alegría. En 1942 se le admite con sus dos mejores amigos en el seminario de menores de Langson. Allí, con la ayuda de la Santísima Virgen, lee la “Historia de un alma”, y colmado por el gozo descubre que puede él también ser santo. Algunas semanas más tarde, por la sierra adonde se fue para llorar, oye una voz femenina: “Van, ¡querido hermanito mío! Después del primer momento de asombro no tarda en comprender: “¡Oh, es mi hermana santa Teresita!”. A partir de ese día, acompaña santa Teresita a Van, guiándole a lo largo de su vida, enseñándole a amar y dejarse amar por Jesús cada día más. Su mayor sacrificio será el aceptar la voluntad de Jesús, quien no quiere que sea sacerdote.

En octubre de 1945, se le admite en la casa de los padres Redentoristas de Hanoi, primero de criado, luego de postulante en el grupo de hermanos coadyutores; recibe entonces el nombre de Hermano Marcelo. Los Redentoristas son canadienses francófonos. Pronto comprende su padre maestro toda la vida espiritual que habita en el corazón de Van y ve sus frutos en la vida cotidiana: franqueza sencilla y confiada hacia su director espiritual, obediencia alegre, paciencia y aceptación de los sufrimientos. Obligado el padre a leer su correo descubre su profundidad espiritual y copia sus cartas, que así conocemos. A continuación le pedirá escribir su vida. Siguen las pláticas con Santa Teresita, a veces le hablan también Jesús y la Santísima Virgen. Consigna Van todo esto por escrito sobre cuartillas que entrega cada semana a su padre maestro. Este las fue copiando de nuevo con mucho cuidado y las tradujo al francés, reuniéndolas en un volumen titulado “Los Coloquios”.

El 8 de septiembre de 1946, día de la natividad de la Santísima Virgen, aniversario de la profesión de Santa Teresa, hace Van sus primeros votos. En febrero de 1950 sale para Saigón. Hace profesión perpetua el 8 de septiembre de 1952 en Dalat.

El 14 de septiembre de 1954 toma el último avión que une el Sur del país con el Norte, por haber pedido ser mandado a aquella parte del país, ya comunista, para que allá haya al menos un alma que ame a Dios. Detenido el 7 de mayo de 1955 por terciar en una conversación en que se han dicho cosas falsas sobre el Sur, se le condena a 15 años de reclusión. Durante su cautiverio, sostiene a sus compañeros de desdicha, entre los cuales hay sacerdotes y religiosos, testimoniando cerca de ellos la esperanza y el amor que llenan su corazón. El 10 de julio de 1959 a las doce del mediodía, muere el prisionero 304 de agotamiento y enfermedad, consumido por el Amor. Este amor más fuerte que la muerte (Ct, 8, 6)

LOS AMIGOS DE VAN

TESTIMONIO

Prólogo

Sin mi encuentro con José, seminarista vietnamita de 55 años, no habría asociación “Los amigos de Van” ni habría sido iniciado de nuevo el Proceso de Beatificación para llegar a su apertura, en Ars, el 26 de marzo de 1997.

Significa la importancia del paso por Francia de José. Los primeros miembros de la Asociación lo conocieron y serán felices al encontrar de nuevo aquí el testimonio que dio entre 1990 y 1992. Yo misma oí aquel testimonio por primera vez en un retiro espiritual de fin de semana del “Bon Larron” (“Buen ladrón”). Estuve tan impactada que fundé la asociación “Los amigos de Van para ayudar a los seminaristas quienes, como José, seguían esperando ser ordenados. Hoy la asociación ha podido ayudar a 600 seminaristas y fomentar una emisión de radio cotidiana para evangelizar a 10 millones de Hmongs esparcidos entre China, Laos, y el Vietnam del Norte.

También fue José el que me entregó el libro “El amor no puede morir” que acababa de ser publicado, pero a él no le daba el tiempo para leerlo, pues Monseñor Thomas, obispo de Versailles, le había ofrecido que profundizara sus conocimientos de teología, ya remotos, en el seminario de Issy-les-Moulineaux durante la vigencia de su visado. Fue para mí este libro un segundo impacto que explica el nombre que quise dar a la Asociación. Desde entonces nos impulsó Van hasta confiarnos la prosecución de su proceso de beatificación iniciado por los Redentoristas en 1986, a petición del padre Boucher, director espiritual de Van. Está pues, la Causa en Francia, en la diócesis de Belley-Ars, para la encuesta diocesana dirigida por Monseñor Thuan, vicepresidente de Justicia y Paz en Roma, a quien conocen también muchos de ustedes.

Volvió José a su tierra en diciembre de 1992. Su regreso fue una gran prueba... Acaba de ser ordenado por su obispo, en la parroquia en que se le bautizó, a las 6 de la mañana el 3 de mayo de 1998, domingo del Buen Pastor y jornada mundial de las vocaciones... a los 63 años.

“Cansado el mundo de hoy de seguir los dueños, se deja llevar por los testigos, testigos que vivieron la experiencia de la vida nueva traída por Jesucristo en el encuentro personal con el Resucitado”

Pablo VI

“Nadie testimonia,
Nadie consuela,
A no ser que haya sufrido.
Nadie testimonia si no vive la Palabra en la que se gana el hombre la vida al perderla”

Anna de Blay, Presidenta

Mi historia

Soy seminarista del Vietnam del Norte. Ingresé en el seminario de menores a los 14 años, pero al empezar el cuarto año de teología, se me expulsó porque era hijo de propietario, es decir “enemigo del pueblo”. En aquellos tiempos, siendo embargados los bienes de la Iglesia, sólo los chicos cuyas familias pagaban los gastos de estudios podían permanecer en el seminario. Bajo el pretexto de dejar lugar a los pobres, el gobierno comunista suprimió el ochenta por ciento del efectivo.

De vuelta a casa, me obligaron a casarme para expulsar el problema del sacerdocio. Me prometieron darme dinero para celebrar la boda y me propusieron ingresar en la universidad nacional para hacer cualquier carrera.

Pero para permanecer fiel a mi vocación, renuncié a aquello con todas mis fuerzas. Buscaron entonces causas políticas para encarcelarme durante diez años, entre los cuales, los tres últimos los pasé en un calabozo oscuro con un régimen alimenticio demasiado pobre: dos puñados de arroz diarios, y algo de mandioca, en la oscuridad total, con muchos mosquitos, chinches, una humedad excesiva y sobre todo malos olores debidos a los lavabos en la misma habitación.

Noche a noche estaba allí, inmóvil, sin poder moverme ni salir de aquella cárcel...

¿Qué me permitió sobrevivir y vencer tal prueba?

Lo que me salvó fue la fe católica. Son las palabras del Evangelio. Sin ellas, habría muerto en la cárcel.

Hundido en una oscuridad completa y con las piernas amarradas, no podía apartar mi mente de mis llagas más de cinco minutos. Sufría demasiado para rezar el rosario sin interrumpirme y a veces me hacía falta un día entero para terminarlo.

A cada cambio de turno de guardia, cada dos horas, incluso de noche, el nuevo guardia sacudía mis cadenas para ver si seguía allí. Esto me causaba tan grandes dolores que me daba la impresión de morir a cada sacudida.

Pensaba en el infierno tal como me lo había descrito mi catecismo. El infierno, para mí, era el fuego eterno con demonios que vienen a atormentarnos con inscripciones en las paredes, por ejemplo: “eternamente permanecerás aquí”. Comparada con aquélla, mi cárcel ya no era nada grave: no había fuego eterno, ni había demonios que vienen a atormentarnos. No había guardias a los que no les gustaba venir a vernos. Tampoco había inscripciones en las paredes.

Nuestro presidente Ho-Chi-Minh nos había animado con unas hermosas palabras: “Tenemos que perseverar durante cinco, diez, quince años o más, pero al final, obtendremos la victoria”. Ya apliqué esta palabra a mi caso y me dije: “tengo que permanecer aquí cinco, diez, quince, veinte años o más, pero al final... con la muerte, saldré de aquí, mientras que en el infierno es “eternamente permanecerás aquí”. Entonces, siempre que pensaba en el infierno, esto suavizaba mis dolores.

Lo que mejor me sostuvo fueron las palabras del Evangelio. En semejante trance, cobran su verdadero valor.

Por ejemplo: “Si alguien quiere seguirme, que lleve su cruz cada día”; o “No es mayor el discípulo que el maestro”; o también “dichosos los que son torturados por una causa justa”.

Existe también una hermosa frase de San Pablo: “Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo”. O también esa otra frase de San Agustín en latín: “Hic ure, hic seca, tu me parcas in eternum”, lo que significa: “Que me quemes, que me cortes en este mundo, para salvarme en la eternidad”. ¡He aquí el verdadero sufrimiento!

En la oscuridad, en las torturas, muchas veces se me ocurrió también llorar, no por desesperación, sino por esperanza. Pensaba en la Iglesia romana, en todos ustedes los hijos de Dios por el mundo libre y recé muchas veces con esta oración:

“Madre, Iglesia Romana,
sabes que en un rincón apartado,
perdidos en la selva,
tus hijos sufren para permanecerte fieles,

para permanecer fieles a la fe católica,
no, jamás podremos abandonarte.
Pero tú, Madre nuestra,
reza para que tengamos siempre
la fuerza de sufrir por ti”.

Gracias a todo esto, hay un gozo secreto que viene a reconfortarme y me siento cerca de Jesucristo, más que en cualquier otro momento de mi existencia.

Y saben, cuando está uno despojado de todo, lo necesita todo, y sobre todo necesita a Dios. Pero cuando lo tiene todo, no necesita nada, y sobre todo no necesita a Dios.

La caridad fraterna en la cárcel

Durante los siete años de trabajo forzado, con mis compañeros testimoniamos por Cristo, por la fe católica.

La más importante era la caridad fraterna. Saben, en la cárcel, un pequeño terrón tiene más valor que aquí una tonelada de azúcar, un camarón se vuelve un gran tesoro pero nos atrevemos a compartirlo. Si un compañero tiene la suerte de ser llamado a la “casa de acogida” para ver a su familia y recibir regalos que no pasan de un kilo, se comparte con las mesas más cercanas lo perecedero y se guarda lo que puede ser conservado para aliviar a los compañeros que caen enfermos, por ejemplo las medicinas, la leche condensada o el azúcar.

Extraña mucho a los otros prisioneros budistas o paganos, y a los mismos policías. Se preguntan cómo en la cárcel se pueden amar unos a otros tanto. “¿Cómo pueden compartir cosas tan necesarias para cada uno?. Y gracias a esta caridad fraterna, se convirtieron muchos prisioneros budistas o paganos.

Bautizamos a muchos en secreto, descubrieron algo muy fuerte, muy consolador en la fe católica. Se pregunta uno cómo en la misma cárcel, en las mismas torturas, sigue estando sonriente el rostro de los cristianos y cómo podemos amarnos como una familia, darnos mutuamente y compartirlo todo.

Voy a contarles un hermoso hecho: Estaba con nosotros un prisionero, preso desde hacía 25 años. Colaboraba con los policías. Era el chismoso más cruel para hacer torturar a los prisioneros cristianos, por falsos informes que gustaban a los policías. Al cabo de 25 años, se volvió ciego y le abandonaron todos. Los policías ya no lo necesitaban, y los otros policías aprovechaban para burlarse de él.

Nosotros, la comunidad cristiana, fuimos los que lo recogimos. Le lavamos la ropa, le llevamos a los lavabos, le recibimos entre nosotros y lo compartimos todo con él como con un hermano. Se asombró y nos preguntó: “Pero, ¿cómo pueden acogerme así? ¿Cómo pueden perdonarme mientras son ustedes aquéllos con quienes fui más injusto, aquéllos a quienes hice más daño?”.

Le contestamos: “Es el secreto del cristianismo. Fue Jesús quien nos enseñó esto, es el “Padre Nuestro” que rezamos a diario. Es el ejemplo del mismo Cristo”. Entonces, se puso a llorar y pidió convertirse y recibir el bautismo. Le bautizamos pues, en la cárcel, y como era el día de la conversión de San Pablo, le llamamos “Pablo”.

Una vez liberado, le encontró uno de nuestros hermanos con una esposa. Era también una convertida. Viven en Hanoi, tienen un hijo de unos diez años pero viven en la pobreza. En una carta me escribía: “Somos muy pobres pero no importa, porque tenemos a la Santísima Virgen y a Jesús, y somos así muy felices”.

Todos aquéllos a quienes bautizamos en la cárcel han permanecido fieles a la fe. Todos practican la religión.

Acerca del divorcio

Las cartas de las familias que llegaban hasta nosotros, eran el bien común de todos los prisioneros, pues no teníamos nada que leer y era una oportunidad de tener noticias del exterior. De aquel modo leyeron unos prisioneros paganos las cartas de las mujeres cristianas, y encontraron hermosas frases. Por ejemplo:

“Tú y yo compartimos la misma cruz. Lleva bien la tuya allá, observa rigurosamente los reglamentos de la cárcel para obtener la indulgencia y poder volver a casa lo antes posible; yo, aquí, tengo también la mía, bastante pesada, para cuidar a los niños, mantener a papá y mamá que son ya muy mayores. Y si me gano dinero — cosa que es muy difícil — podré ir a visitarte una vez al año, pero si no lo logro, permanece contento y regálalo a Cristo. En cuanto a la fidelidad conyugal, no te preocupes, permanece tranquilo. ¡Cómo podría una mujer cristiana tener relaciones malas con otro mientras que su marido está sufriendo por Cristo! ¡No, es algo imposible! Acuérdate de las promesas sagradas que hicimos en la iglesia ante el sacerdote y toda la comunidad, el día de nuestra boda...”.

Después de leer cartas semejantes, vinieron a decirnos: “Ahora comprendemos que su Iglesia Romana ha tenido razón al no aceptar jamás el divorcio, porque, antes de la cárcel, fuimos nosotros los que criticamos a su Iglesia respecto a esto, pero ahora somos nosotros quienes lo padecemos. En efecto, después de uno, dos años de cárcel, recibimos cartas de nuestras mujeres que exigían el divorcio, y era aceptado fácilmente. De modo que una vez liberados, volvían a casa algunos de nosotros pero ya no podían entrar porque su casa pertenecía a otro. Debían quedarse un rato en el portal e irse.

Comprendemos cómo ustedes, en la misma cárcel, permanecieron con el rostro sonriente. No están preocupados por sus mujeres. Tienen la fuerza de su religión y les sostiene la caridad fraterna, mientras que nosotros, una vez en la cárcel, lo hemos perdido todo: libertad, mujer, hijos, casa, ¡e incluso quizás la vida!

La Eucaristía en la cárcel

Después de diez, quince, veinte años de cárcel, todos anhelábamos mucho la Eucaristía. Pero, ¿cómo proporcionárnosla en una cárcel comunista? El Espíritu Santo iluminó a un hermano que se atrevió a escribir a su familia.

Escribió: “Aquí tenemos muchos enfermos y necesitamos el aceite del maná”. Pero este santo y seña, bien comprendió la familia. Pidió a un párroco mayor pero éste se negó. En el Vietnam del Norte no se han enterado nada del Concilio Vaticano II y fue necesario insistir para obtener cinco o seis pequeñas ostias.

Fue una joven, la hermana de nuestro compañero, la que fue a la farmacia para comprar un frasquito de bálsamo aromático. Quitó todo el contenido y depositó las ostias en el fondo. Después volvió a meter el bálsamo. Lo entremezcló con las carnes, los pescados, las especias, y cuanto se trae a los prisioneros. Recorrió más de mil kilómetros en tren, en autobús, a pie.

En la casa de acogida, dijo a su hermano: “te he traído el aceite del maná como me lo pediste. Un policía cogió un mondadientes y lo hundió en el bálsamo pero no encontró nada... ¡no vio que Jesús estaba en el fondo, callado, inmóvil!

Durante la comida, nos dijo el hermano: “he recibido el aceite del maná”. Dejamos de comer y lloramos muchísimo. ¿Cómo nos amaría tanto Jesús para correr mil peligros, franquear el control, aceptar estar

entremezclado con todos los alimentos para alcanzarnos allá donde hasta lo más altos cuadros comunistas no pueden entrar, allí donde los seres más queridos no pueden entrar?

Para que queda más a salvo, decidimos meter el frasco en una caña de bambú rota que sirve para exponer los objetos de los prisioneros. Ningún otro sitio está seguro, pues éramos controlados casi todo el día. Pero por la noche, nos dice el diácono decano de la comunidad: “¿Dejaremos a Jesús en este bambú mientras que recorrió tan largo camino para encontrarnos? He decidido comunicarlo de prisionero a prisionero para la adoración nocturna”. Empezamos por el que estaba más cerca de la puerta de entrada. Pero a las nueve todo el mundo debía acostarse, nadie tenía derecho a sentarse. Entonces, para transmitir la Eucaristía de uno a otro, dos de nosotros debíamos darnos una señal e ir ambos a los lavabos. Era el único sitio sin policías.

A mi vez, me puse la Eucaristía en el pecho. Lloré y me olvidé de todos los dolores de la cárcel. Sólo quedábamos Jesús y yo. Recé, hablé con Él y compuse allí mismo un poema en vietnamita que he debido aprenderme de memoria para llevarlo fuera de la cárcel.

Guardamos la Eucaristía más o menos un mes para poder compartirla con nuestros hermanos en las otras cárceles. No bastando la adoración nocturna, tuvimos que extenderla a toda la jornada: teníamos que ir a trabajar duro toda la semana para ser admitidos en la enfermería, para poder cumplir con nuestro turno cerca del Señor. Después de un mes de adoración, tuvimos que compartirnos las ostias para comulgar, pero como no eran suficientes para todos, sólo pudieron comulgar los que llevaban más de quince años en la cárcel. Yo mismo no pude beneficiarme de ella porque sólo había estado allí diez años.

Hicimos guardia para proteger a nuestros hermanos que tenían el gozo de comulgar.

Ven como la Eucaristía en la cárcel es amor, consuelo, fuerza. Suscita oraciones más valiosas que perlas.

Mi propósito es volver al Vietnam para encontrarme de nuevo con mis hermanos que tienen sed de Dios.

Pidan por mí, pidan por la Iglesia en Vietnam, pidan por mi país al que amo y donde quisiera ser ordenado si esa es la voluntad de Dios.

De no ser así, estoy dispuesto a seguir sufriendo por la fe católica, con la gracia de Dios y el socorro de sus oraciones.

JOSÉ

Adoración nocturna

Tú vienes a verme en la cárcel, Señor,
En este lugar sucio y oscuro, sin flores,
Ni música ni velas.
Por amarme sobradamente, te has hecho prisionero.

Toda una noche oscura, de fríos rocíos,
Con la brisa ligera, me regocijo para adorarte,
Con las lágrimas en los ojos, lleno de amor.
¡Qué felicidad para mí! ¡Tú entre mis manos!

Cantad fuerte todos los ángeles,
Resplandeced y encended las velas,

Brillad con vuestras luces en su alabanza.
Soy demasiado indigno, aquí, solo, en una tabla.

¡Acude pronto, oh! Santísima Madre,
llévanos en tus brazos;
acompañanos con tus soplos leves,
nos dormimos en tu dulzura.

Sí, Señor, ya bien lo comprendo,
Cuán frívolo es el amor del mundo
Que me acoge en los instantes de dicha
Y se aparta de mí en la desdicha

Cuán inmenso es tu Amor
Que dura para siempre,
Incluso cuando te traiciono
Tú me perdonas y me amas eternamente.

A pesar de travesías peligrosas,
Estrictos controles y grandes tapias
A pesar de los desprecios y los caminos duros,
¡cuán pequeño y humilde te has hecho!

Quédate conmigo, quédate siempre,
Para que cese el frío y la soledad,
Y que brille mi vida como la luz.
Es una felicidad extraordinaria.

Que te abracen firmemente mis brazos.
Jamás me separaré de ti.
Contigo la cárcel ya no es ni desdicha ni temor,
¡Ya está aquí el paraíso terrenal!

José L. "Dem tu chau chau"
Poema escrito en la cárcel